traselumbral

UCRONÍA

Evolución y conflicto



Nacho B. Martín

LUCERO GAMES®



Emily Scott Watson



Charles R. Darwin

UCRONÍA

Evolución y conflicto

Nacho B. Martín.

UCRONÍA

Evolución y conflicto

traselumbral

LUCERO GAMES®

UCRONÍA · Evolución y conflicto

© del texto, 2026, Nacho B. Martín.

© de las ilustraciones, 2026, Nacho B. Martín. N.B.M.

© de esta edición, 2026, Lucero Games S.L.

Colección *traselumbral*

Edición Exclusiva y Privada
Distribución gratuita. No destinada a la venta.

Todos los derechos reservados. No se autoriza la reproducción, transformación ni difusión pública de esta edición sin permiso escrito de los titulares de los derechos, salvo los usos permitidos por la legislación aplicable.

Obra de ficción ambientada en una historia alternativa. La presencia de figuras históricas forma parte de la recreación literaria.

Primera edición privada: noviembre de 2026.

Dedicatoria

Para Carla y para Esther,
las impulsoras de mi universo y mi tiempo.

Agradecimientos

Mis más sinceros agradecimientos a Mariajo, Marisol
y José Luis (Mendonza) por ser mis primeros
y más queridos y entusiastas lectores.
Y tampoco quiero olvidar a Deividas.

Nota de ficción

Esta novela transcurre en un mundo casi normal, en una historia y tiempo alternativos y cuyo punto de divergencia ucrónica se sitúa en el otoño de 1876. Las trayectorias de las figuras históricas, así como de los personajes ficticios, sus conversaciones y los avances que transforman seres vivos y máquinas pertenecen completamente a esta ficción. Los efectos biológicos inventados no representan ningún tipo de conocimiento demostrado sobre la herencia genética ni métodos reales de tratamiento alguno, y están siempre al servicio del relato. Asimismo, todas las máquinas e ingenios mecánicos también pertenecen al mundo de la ficción, si bien muchos de ellos son una realidad en nuestro tiempo y realidad actuales.

UCRONÍA
Del francés uchronie, y este del griego o□(ou 'no'), χρόνος (chrónos 'tiempo') e -ie ('-ía'), formado sobre el modelo de utopie ('utopía'). 1. f. culto. Reconstrucción de la historia sobre datos hipotéticos.

Origen y concepto

Etimología: el término proviene de la palabra ucronía (acuñada en francés por el filósofo Charles Renouvier). Está formada por el prefijo griego u- (que significa «no» o «ningún», como en utopía) y chronos («tiempo»). Literalmente significa «el tiempo que no existe» o «fuera del tiempo».

Uso: se utiliza principalmente como un subgénero de la ficción especulativa o la ciencia ficción. El relato siempre parte de un punto de divergencia (un momento real del pasado que se cambia de forma ficticia) y a partir de ahí se desarrolla la nueva trama.

PRIMERA PARTE

La víspera de lo imposible

1

Una visita que no existió

Londres, enero de 1879

El sombrero llevaba una pluma que no cumplía ninguna función razonable.

Emily lo examinó desde el otro lado del cristal, con la cartera apretada contra las costillas. La cinta, de un verde oscuro, habría combinado muy bien con su abrigo, aunque también se habría llevado buena parte del dinero reservado para el viaje. Se inclinó para mirar el precio y se incorporó al instante, como si el tendero pudiera tomar aquel gesto por una oferta.

La nieve de los últimos días se había vuelto negra junto al bordillo. Al pasar un carruaje demasiado cerca de la acera, Emily dio un paso atrás para poner a salvo la falda, y la pluma de su propio sombrero rozó el escaparate.

—Tú todavía sirves —murmuró, colocándola en su sitio con dos dedos.

Había salido temprano con la intención de llegar holgada a la entrevista y, sin embargo, estaba consumiendo su margen frente a una sombrerería. Consultó el reloj: faltaban ocho minutos para las doce.

Antes de que saliera de casa, su padre se había empeñado en repasar una vez más el contenido de la cartera. Emily le había dejado revisar los primeros cuadernos, pero, al llegar a los últimos, había bajado la solapa directamente sobre sus manos.

—Si vuelves a contarlos, tendrás que viajar tú también aquí dentro.

Henry había sonreído; luego le había enderezado un guante y se había entretenido ajustando el cierre del abrigo, buscando cualquier pretexto con tal de demorar unos segundos la despedida.

Emily conocía de sobra aquellas maniobras. Su padre era capaz de discutir sin miramientos con un resultado experimental que llevaba meses aguardando, pero ante la sola idea de que su hija sufriera un desaire no sabía dónde meter las manos.

Tampoco ella estaba tan serena como pretendía aparentar.

Conseguir aquella cita había requerido meses de correspondencia. Charles Darwin había respondido con cortesía a la primera carta, de forma más escueta a la segunda y, durante una temporada, había guardado absoluto silencio. Emily no dejó de escribirle: le envió observaciones nuevas, detalló dónde se habían equivocado y retiró una conclusión que los datos ya no permitían sostener, cuidando siempre de que cada sobre contuviese algo más que mera insistencia. Al fin habían llegado una fecha, una hora y unas señas en Charing Cross.

Henry se había ofrecido a entrar con ella.

—Hablaré yo primero —le advirtió Emily.

—No pensaba impedírtelo.

Y era cierto que no lo pensaba; ahí radicaba precisamente el problema. Tampoco se proponía hablar por ella cuando algún visitante le dirigía una pregunta en casa, pero le bastaba entusiasmarse con la explicación para tomar la palabra antes siquiera de advertir a quién estaban mirando. Emily lo quería demasiado como para ignorar que el afecto, a fuerza de repetición, podía volverse una costumbre incómoda.

Al sonar la puerta, la recepcionista levantó la vista.

—Señorita Scott Watson.

Emily agradeció que empleara el apellido compuesto.

—Sí. Tengo cita con el señor Darwin.

—La está esperando, aunque antes debe concluir una visita. Si es tan amable.

Le señaló una butaca de terciopelo verde junto a una estufa, una mesita con periódicos y un jarrón cuyas flores habían sido recortadas con esa clase de ensañamiento que en las floristerías pasaba por buen gusto. Emily tomó asiento sin quitarse los guantes.

Desde su rincón dominaba tanto la puerta de la calle como el arranque de la escalera. Arriba se oyó el roce de una silla al desplazarse y, enseguida, el silencio.

La recepcionista se puso a ordenar unos papeles: apiló las hojas, igualó los cantos sobre la madera y volvió a separarlas.

Emily pensó en la mesa de su propia casa. Tenía apenas tres años cuando murió su madre, y de la enfermedad sólo guardaba imágenes sueltas, tal vez armadas a base de oír hablar a los mayores. Recordaba con mucha más nitidez lo que vino después: el sitio libre a la hora de comer, los volúmenes de Henry abiertos junto a la sopera y los esfuerzos de una criada por convencerlo de que no ocupara el aparador con frascos de vidrio. Con los años, Emily había librado su propia batalla para lograr que en el comedor se pudiera cenar sin necesidad de apartar antes un ensayo. Había ganado aquella estancia, mientras que el sótano seguía perteneciéndoles a ambos y a todo cuanto no podían dejar de preguntarse.

Allí abajo habían pasado las últimas temporadas contando semillas.

Era una tarea en apariencia modesta para haber suscitado tantas discusiones. Algunas plantas daban flores idénticas a las de sus progenitoras; otras recobraban de pronto un tono que no había asomado en toda la generación previa. Había que escoger con tino los cruces, aislar las corolas y aguardar, para luego sentarse a llevar la cuenta. Lo más llamativo de aquel oficio solía ocurrir en invierno, cuando algún caballero de visita se empeñaba en explicarles el fenómeno sin haber tenido que regar jamás una maceta.

Desde hacía tiempo, Henry estudiaba un extracto obtenido del interior de las células, convencido de que guardaba relación con la herencia de determinados rasgos. Emily había trazado nuevas series comparativas: ciertos ensayos parecían respaldar la idea de su padre, pero otros la contradecían abiertamente, y eran justo estos últimos los que la habían traído hasta allí.

La recepcionista se puso en pie.

—Puede acompañarme.

Nadie había bajado por la escalera.

Emily tomó su cartera y subió tras ella, reparando al pasar en el lustre oscuro del pasamanos, en la trama gastada de la alfombra y en una puerta cerrada antes del último rellano. La joven llamó con los nudillos.

—La señorita Scott Watson.

El ocupante del despacho se incorporó con una parsimonia ajena a cualquier solemnidad. Tenía la barba más tupida de lo que Emily había supuesto y la mirada menos fatigada de lo que dejaban entrever sus cartas. Junto a una pila de libros descansaba una copa; la silla reservada a las visitas permanecía arrimada a la pared.

—Dispongo de poco tiempo —advirtió Darwin.

Emily paseó la vista de la copa a la silla y, acto seguido, a la hoja de madera por la que acababa de entrar.

—Procuraré no demorar a su siguiente visita tanto como me ha demorado a mí la anterior.

Él le sostuvo la mirada un instante.

—No irá a decirme que también ha venido a discutir mi agenda.

—No me he cruzado con nadie al subir.

Darwin indicó con un gesto una segunda puerta, casi disimulada tras los anaqueles.

Emily notó que le subía el calor bajo el cuello del abrigo.

—Podrían haber salido por ahí —concedió.

—Podrían.

El silencio se alargó lo bastante como para que ella se preguntara si acababa de echar a perder el trabajo de tantos meses.

—No ha salido nadie —admitió él por fin—. Necesitaba unos minutos a solas antes de recibirla.

Emily bajó la vista hacia la copa; aunque le habría complacido devolverle una ironía, se limitó a descalzarse un guante.

—En tal caso, he acertado apoyándome en una prueba insuficiente.

Darwin separó la silla de la pared.

—Eso sucede más a menudo de lo que nos gusta reconocer. Siéntese.

Ella acomodó la cartera sobre el regazo. La mano descubierta se le había quedado helada, de modo que al extraer el primer cuaderno tuvo que sujetarlo con las dos para disimular el temblor.

Traía pensada una introducción acerca del alcance de sus investigaciones, pero optó por descartarla.

—Quiero que busque un error.

—Suele salir más barato que buscar financiación.

—Nos hacen falta ambas cosas, pero preferiría dar con el error antes de seguir gastando dinero.

Darwin tomó asiento y Emily abrió el cuaderno por unas láminas de flores, dejando debajo las páginas pasadas a limpio.

—Mi padre y yo estudiamos de qué modo pasan ciertos caracteres de una planta a otra. Llevamos el registro de los cruces y guardamos aparte las semillas de cada uno. Aquí, por ejemplo, una flor blanca desaparece durante una generación entera y reaparece en la siguiente.

Señaló primero los bocetos y luego las fechas; Darwin acercó el quinqué.

—El rasgo no estaba a la vista —prosiguió ella—, pero eso no quiere decir que se hubiera perdido. Buscamos qué es exactamente lo que se transmite para que pueda regresar.

—No son ustedes los primeros en plantearse semejante cuestión.

—No. Por eso he venido a verlo.

Por más que hubiera previsto aquel reparo, le escoció oírlo. Al volver la página con demasiada prisa, una esquina del papel se dobló bajo sus dedos.

La lámina siguiente mostraba una célula tal y como había logrado dibujarla al microscopio: carecía de la limpieza de los grabados impresos en los manuales, pues había rectificado dos veces el contorno sin borrar los trazos previos.

—Esto es el núcleo. Mi padre extrae una sustancia de la región celular que lo alberga. Hemos tratado algunos cultivos con esa

preparación; a otros les aplicamos únicamente el líquido en que la diluimos, y un tercer grupo queda sin tocar.

—¿Y qué han observado?

—Alteraciones. Ciertos tejidos cierran las heridas de un modo distinto, y en algunas líneas también hemos hallado diferencias en la progenie. Lo que aún ignoramos es si ambos fenómenos guardan relación entre sí.

Darwin tardó en contestar y regresó a los dibujos de las corolas.

—Una sustancia puede dañar la planta, puede favorecer a los ejemplares que ya portaban ese rasgo o alterar las condiciones en que germina la semilla. Ninguna de las tres cosas probaría que transporta lo que ustedes andan buscando.

—Lo sé.

—Con saberlo no basta.

Emily advirtió con cuánta fuerza estaba oprimiendo el canto del cuaderno y aflojó los dedos.

—Por esa misma razón he traído también los registros en los que no sucedió nada. Y aquellos que salieron mal.

Los extendió sobre el escritorio. En una de las hojas, un borrón ocultaba parte de la fecha; tras dos tardes tratando en vano de deducirla, había optado por dejar anotada la incertidumbre.

Justo por ahí empezó Darwin.

Quiso saber quién seleccionaba las semillas, cómo separaban los tiestos y si Henry estaba al corriente de qué plantas habían recibido el extracto antes de ponerse a describirlas. Emily respondió sin titubear a las dos primeras cuestiones, pero demoró la tercera.

—En varios ensayos sí lo sabía.

Él aguardó en silencio.

—Creíamos que cualquier diferencia sería lo bastante clara como para imponerse por sí sola —añadió ella.

—Y tal vez por eso mismo creyeron verla.

Emily comprendió al instante adónde apuntaba. Bajó los ojos hacia una de sus propias notas y la recorrió como si la hubiera escrito una extraña: junto al dibujo de un tallo que pocas semanas

después había sido incapaz de sostenerse en pie, su propia letra decía «mejor desarrollo».

—Podemos numerar los recipientes sin que él sepa qué corresponde a cada cual —propuso.

—¿Y quién custodiaría la clave?

—Yo misma.

—En ese caso también harán falta observaciones realizadas por otras manos que no sean las de usted.

Por un segundo, Emily volvió a sentirse como la niña que se indignaba cuando su padre le repasaba las cuentas, y le dio rabia reconocerse en aquel impulso: había acudido a aquel despacho buscando rigor y ahora tenía que contener las ganas de defenderse.

Sacó el lápiz.

—De acuerdo.

A partir de ese momento, la visita dejó de parecer un examen. Darwin pidió otra lámpara; cuando la recepcionista entró a dejarla sobre la mesa, preguntó si debía mantener en pie la cita siguiente.

—¿Acaso existe? —soltó Emily antes de poderse morder la lengua.

La muchacha la miró desconcertada y luego consultó a Darwin.

—Ésta sí.

El naturalista rompió a reír, aunque un acceso de tos lo obligó a interrumpirse. Emily adelantó el brazo hacia la jarra de agua, pero él le indicó con un ademán breve que no hacía falta, de modo que ella retiró la mano y aguardó a que recobrara el aliento.

—Annette, avise de que voy a demorarme.

La joven recogió una taza vacía del alféizar antes de retirarse.

En cuanto quedaron de nuevo a solas, Darwin cerró uno de los cuadernos.

—Su padre redacta con mayor aplomo que usted.

—Mi padre acostumbra a estar más seguro que yo.

—¿Y cuál de los dos lleva razón?

Emily posó la vista en el apunte del tallo vencido.

—Confío en que logremos averiguarlo sin que ninguno de los dos lo tome por una desgracia.

Él le tendió el cuaderno.

Pasaron a estudiar la conveniencia de repetir las series con otras especies y en otro lugar. Cuando Emily mencionó el nombre de Gregor Mendel, comprobó que Darwin estaba al tanto de sus ensayos; ella, por su parte, había releído aquellas cartas tantas veces que casi adivinaba las pausas de la pluma entre renglones. Aunque ambos convenían en que semejante regularidad merecía ponerse a prueba de nuevo, aún discrepaban sobre el alcance real que cabía atribuirle.

Darwin quiso levantarse en busca de una misiva y tuvo que afianzar la palma sobre el tablero antes de dar el primer paso; Emily fingió concentrarse en la punta de su lápiz.

—No arregla usted nada con apartar la vista —observó él.

—Intentaba ser cortés.

—Y lo ha sido. Ahora hágame el favor de alcanzarme el bastón.

Ella se lo entregó; Darwin dio con el pliego que buscaba y regresó a su butaca.

Mendel trabajaba en Brünn, en tierras de Moravia, donde sería posible cotejar semillas y registros con una calma que a los mecenas londinenses empezaba a antojárseles excesiva. De hecho, Henry ya había recibido dos propuestas para exhibir aquello que ni siquiera ellos mismos terminaban de explicarse: la primera prometía un laboratorio más amplio; la segunda adjuntaba una memoria con las utilidades prácticas que el comprador esperaba obtener de inmediato.

Emily había leído aquel documento, cuyo autor no se molestaba en preguntar qué habían descubierto, sino en qué fecha podría empezar a explotarse.

—No quisiera viajar tan lejos sólo para que otro hombre ilustre nos dé la razón —dijo.

Darwin depositó la carta entre los dos.

—Entonces habrá que estar dispuestos a que nos la quite.

Al bajar al vestíbulo dieron con Henry junto a la puerta de entrada: sujetaba ambos guantes en una mano y tenía todo el aspecto de llevar media hora debatiéndose entre subir o esperar.

Al verlos aparecer, escrutó la expresión de Darwin antes que la de su hija, un gesto que Emily le habría afeado de no haber comprendido en el acto el miedo que escondía.

—Merece la pena repetirlo —le anunció ella.

Sólo entonces la miró su padre.

—¿Eso ha dicho?

—Eso hemos concluido. Habrá que replantear algunas comparaciones.

Henry alargó el brazo hacia los cuadernos, pero Emily no los soltó hasta que él dejó de tirar.

Darwin los invitó a almorzar. Ya a la mesa, Henry quiso saber los pormenores del método, el tipo de envases y las semanas que les llevaría el desplazamiento. Emily comenzó a contestarle, pero se calló al advertir que ambos hombres aguardaban de ella una respuesta que no versaba sobre botánica.

—Iré —dijo.

Lo decidió antes de echar las cuentas del viaje, antes de discurrir cómo trasladarían las muestras desde Canterbury hasta Dover y desde allí al continente, e incluso antes de dilucidar si pesaba más en ella la alegría o el susto.

Henry desplegó la carta de Mendel entre los cubiertos, hasta el punto de que el camarero tuvo que rogarle que recogiera un pico del papel para poder dejar la cesta del pan.

De regreso en la calle, Emily volvió a plantarse frente al escaparate de la sombrerería.

Su padre consultó la etiqueta del precio y se volvió hacia Darwin.

—O costeamos la expedición o compramos esa prenda.

Emily contempló por última vez la pluma inútil.

—La expedición —resolvió—. Pero no confíes en que la renuncia vaya a endulzarme el carácter.

Henry le ofreció el brazo y, en esta ocasión, ella lo aceptó.

INTERLUDIO I · CHURCH

En otro tiempo futuro

Lamiéndose una pata con delicadeza, Winston Edgar Church se dejó caer sobre la alfombra de lana turca. Había acercado la butaca al fuego con intención de leer, pero el calor le había hecho abandonar el libro y, poco después, la butaca.

Su sombrero permanecía sobre el asiento. Debajo asomaban las lentes de repuesto, una tabaquera y el ovillo que había comprado para remendarse el puño. Church lo observó con mirada juguetona durante un rato, sin prisa alguna. Después extendió un dedo, lo empujó y siguió con los ojos la hebra que se desenrollaba sobre la alfombra.

Lo detuvo con la pata antes de que alcanzara las brasas.

—Una idiotez —dijo.

Poco después recogió el hilo. Church era un evo, nacido en una de las estirpes felinas que ahora convivían con los humanos. Conservaba uñas retráctiles, bigotes capaces de advertir una corriente y el gusto por dormir hecho un ovillo. También pagaba alquiler, discutía sobre historia y acababa de interrumpir una novela porque el protagonista llevaba cuarenta páginas sin comprender que su mujer quería marcharse.

El fuego cedió con un chasquido. Church estiró las piernas, pues podía decirse que tenía piernas y no patas. El refuerzo metálico de la derecha le tiró del pantalón y tuvo que aflojar un poco la correa que lo sostenía.

En la chapa interior llevaba grabado su nombre, completo. El fabricante había propuesto abreviarlo, por cuestión de espacio, pero Church le había pagado un poco más para que no lo hiciera.

No pensaba pasar la tarde entera en el suelo, no obstante, se concedió unos minutos más y acercó hacia sí el libro con el pie.



Europa de UCRONÍA

Ciudades y territorios del relato



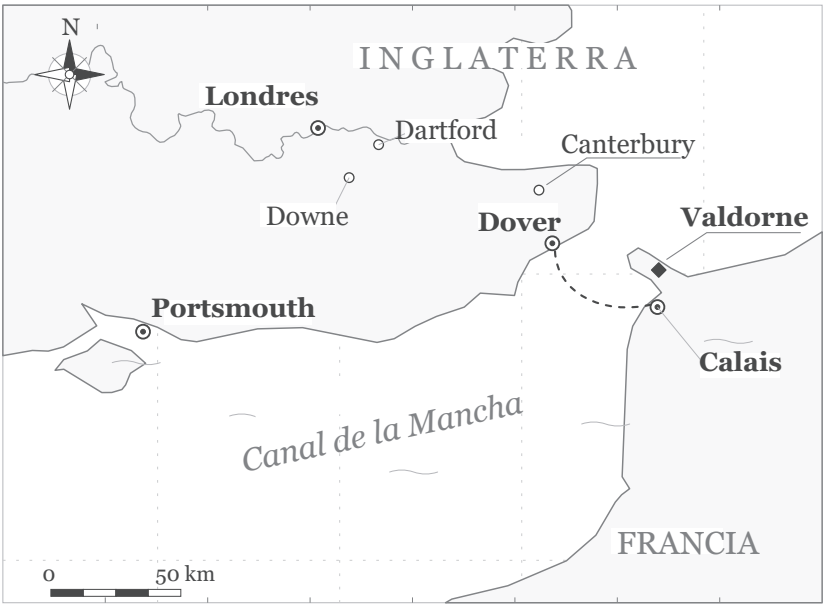
Grandes Regiones

① Cuenca del Saar
② Belfort
③ Werfen
④ Linz

Relieve esquemático: escala aproximada en la latitud central.
Los lugares de ficción se desarrollan en los mapas de detalle.

Las dos orillas

Londres, Kent y el canal de la Mancha



Lugares de Emily

Londres	La casa de los Scott; Saint Oran. Charing Cross; el Jardín de la Aurora.
Kent	Dartford: la casa de los animales. Downe: la casa de Darwin. Canterbury: la imprenta y la posada.

Valdorne: *enclave ficticio francés al noroeste de Calais. Su cabo y su costa se han incorporado a la geografía de la historia.*

Los caminos del continente

Silesia, Moravia y los valles alpinos



Casas, aulas y talleres

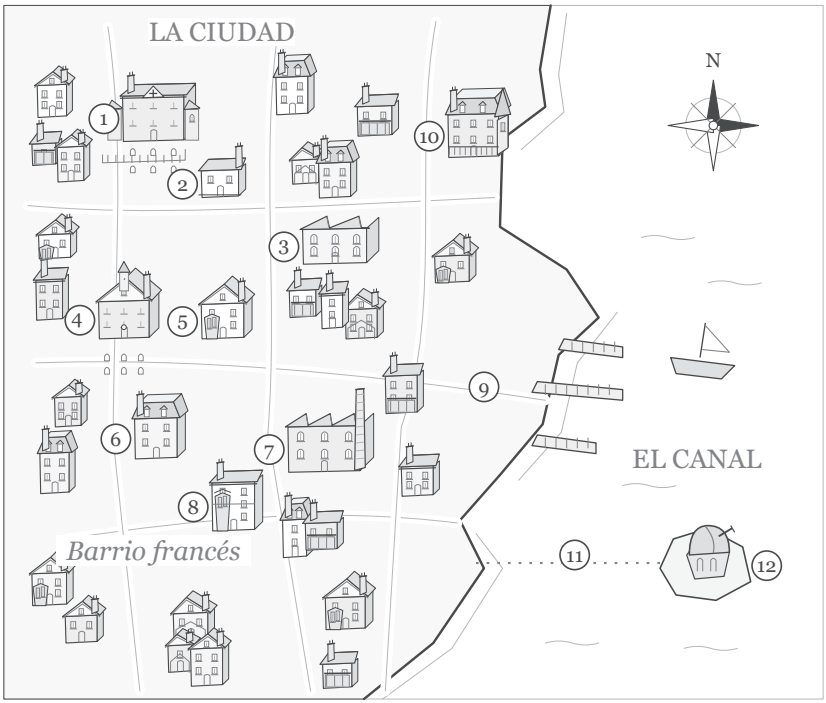
Graz	La Rueda y La Segunda Rueda.
Werfen	La casa alpina y el instituto de Adler.
Brünn	Mendel y la Fundación de Fomento Orgánico.
Katowice	La casa de Halina y el depósito carbonero.

Kessel y el Faro de Invierno: en el entorno de Graz.

Los puntos señalan las localidades, no direcciones de edificios. Kessel y el Faro de Invierno son lugares de la historia.

Valdorne

Francia · al noroeste de Calais



Los lugares de Valdorne

① El hospital
② La cocina
③ El banco de pruebas
④ La escuela
⑤ La casa de Mara
⑥ El barrio francés
⑦ La Fábrica
⑧ La casa de Church
⑨ Muelles y pasarelas
⑩ La pensión de Daria
⑪ El camino de marea
⑫ El observatorio

Plano literario sin escala. La ciudad y su costa pertenecen al universo de la historia.



Tesia Marguerita Komorowski



Nikola Tesla

UCRONÍA

Evolución y conflicto

Europa, 1879.

Emily Scott Watson llega a Londres con una investigación que quiere someter al juicio de Charles Darwin. En Graz, Tesia Marguerita Komorowski encuentra en Nikola Tesla a alguien capaz de comprender sus ideas y de discutirlas hasta el agotamiento. Ninguna de las dos se conforma con el lugar que le han reservado.

Lo que empieza entre muestras de laboratorio y mecanismos de taller acaba transformando la vida de quienes las rodean. Los cuerpos adquieren capacidades nuevas. Las máquinas se convierten en algo más que herramientas. Sus descubrimientos despiertan esperanza, ambición y el interés de quienes ya están calculando cómo utilizarlos en una guerra.

Mientras la distancia entre el bloque isleño y el continental se vuelve cada vez más difícil de salvar, Emily y Tesia tendrán que decidir con quién trabajan y hasta dónde están dispuestas a llegar. También deberán defender sus afectos y su libertad frente a un mundo que prefiere convertirlas en símbolos antes que escucharlas.

UCRONÍA. *Evolución y conflicto* combina la fascinación del descubrimiento con una aventura de guerra y libertad. Un futuro distinto, contado desde las vidas de quienes lo hicieron posible.

LUCERO GAMES®